

Tramas de memoria local, presente y cotidianidad en la transmisión intergeneracional. El caso de un “barrio crítico” de Santiago de Chile¹

Alicia Olivari Vargas²

Recibido: 6 de febrero de 2019/ Aceptado: 3 de julio de 2019

Resumen. En este artículo se analiza la configuración de tramas de memoria local de la dictadura chilena y los procesos de transmisión intergeneracional vinculados a ella, a través de una exploración etnográfica realizada en la población La Aurora de Santiago de Chile. En este territorio, dicho pasado se recuerda de diversos modos, desde formas propiamente conmemorativas institucionales a otras de carácter cotidiano y fragmentado. Estas memorias interactúan teniendo efectos en la comunicación entre generaciones, adquiriendo especial relevancia a nivel local aquellos modos de rememoración más apegados a la cotidianidad y actualidad del barrio. Así, se concluye que dentro de estas tramas de memorias un rol clave lo tienen tanto el territorio, su trayectoria histórica y conflictiva, como el presente, caracterizado principalmente por su calidad de “barrio crítico” definido por el Estado.

Palabras clave: memoria colectiva; memorias locales; vida cotidiana; transmisión intergeneracional.

[en] Local memory networks, the present and the everyday life in intergenerational transmission. The case of a “critical neighborhood” of Santiago de Chile

Abstract. This article analyzes the configuration of local memory networks of the Chilean dictatorship and the processes of intergenerational transmission linked to it, through an ethnographic exploration carried out in the neighborhood of La Aurora of Santiago, Chile. In this territory, this past is remembered in various ways, from properly institutional commemorative forms to others of a daily and fragmented nature. These memories interact having effects on the communication between generations, acquiring special relevance at the local level those modes of remembrance more attached to the everyday life and the present of the neighborhood. This article concluded that within these memory networks a key role is held by the territory, its historical and conflictive trajectory, as well as the present one, characterized mainly by its quality as a “critical neighborhood” defined by the State.

Keywords: collective memory; local memories; everyday life; intergenerational transmission.

Sumario. 1. Introducción. 2. Memorias y transmisión intergeneracional en la vida cotidiana a escala local. 3. Emergencias cotidianas del pasado dictatorial. 3.1. Las formas conmemorativas institucionales. 3.2. Conmemoración y reapropiación del pasado en forma de transgresión. 3.3. Memorias fragmentadas o micro-narraciones cotidianas. 3.4. Construcción de narrativas a escala local y nacional. 4. Tramas de memoria local: cotidianidad, disputas y transgresión. 5. Conclusiones. 6. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Olivari Vargas, A. (2020). Tramas de memoria local, presente y cotidianidad en la transmisión intergeneracional. El caso de un “barrio crítico” de Santiago de Chile, en *Revista de Antropología Social* 29(1), 63-76.

1. Introducción

“El pasado para mí sigue siendo presente, como que para mí no es un pasado tan pasado como olvidado, es pasado que se está transformando en un presente”, refería un joven a propósito del periodo dictatorial del cual ha escuchado hablar toda su vida. Es cierto, su familia quedó marcada por la represión y en su casa ha sido socializado vinculado a política y dictadura, pero también han jugado un papel activo el barrio y los vecinos a la hora de comunicar memorias intergeneracionalmente. De la misma manera, el territorio tiene un rol en el presente porque es a partir de su actualidad que esas historias son interpretadas por él y le sirven de referente para “asimilar”, dice, su realidad.

¹ El análisis que aquí se presenta se basa en los estudios doctorales realizados por la autora, proceso financiado por la Corporación Nacional de Ciencias y Tecnología (CONICYT) a través del programa de Becas Chile.

² Doctora en Antropología Social, Universidad de Barcelona. aliciaolivari@gmail.com

En Chile, pasados 45 años del Golpe de Estado, las interpretaciones, aprendizajes y herencias del pasado represivo continúan formando parte importante del debate público. Y aunque la presencia de estas discusiones varía en intensidad según ciertas coyunturas, la construcción de sentidos en torno a lo sucedido sigue siendo un campo de disputas en la sociedad.

Como sucede a nivel nacional, la vigencia del pasado también es posible evidenciarla en una escala local. Al igual que en otros barrios similares del país, en La Aurora se recuerda lo sucedido pues se trata de un pasado que marcó a muchos de sus habitantes³. Esta población hace 17 años se encuentra intervenida por el Estado, ocupada policialmente y por agentes sociales de diverso tipo, y a lo largo de su historia cuenta con diversos momentos conflictivos, represivos y/o violentos, entre ellos la represión militar ocurrida en dictadura. Violencias pasadas y violencias presentes que emergen en la vida cotidiana, se recuerdan, entretienen, narran y transforman⁴.

Hoy es conocida como una sola población a pesar de que incluye tres sectores diferentes⁵. Por su configuración y procesos de asentamiento, representa de manera icónica parte de la historia de las masas populares del país. Pero se le considera una población emblemática, además, por su recorrido posterior, hasta la actualidad. Por tanto, es un territorio en el que se pueden identificar al menos dos temporalidades relevantes para la construcción de memorias, y que le otorgan reconocimiento y visibilidad a nivel mediático y oficial. Uno, ligado a la organización comunitaria y política de izquierdas, que incluye resistencia y movilización contra la dictadura⁶. Y otro, más reciente, vinculado a su categorización de “barrio crítico” por parte de diferentes gobiernos, lo que le ha valido constituirse en una especie de prototipo de intervenciones estatales.

En el estudio de la construcción de memorias de pasados conflictivos, como señalan Del Pino y Jelin (2003), el nivel local ha acaparado menor atención que los procesos nacionales, sobre todo en los primeros años después de recuperada la democracia en los países del Cono Sur. En el contexto chileno se continúan disputando las interpretaciones de las violencias del pasado, al tiempo que se invisibilizan aquellas que se vinculan con situaciones represivas del presente. En términos generacionales, sucede hoy en día que conviven sobrevivientes de lo vivido y jóvenes nacidos en democracia. Por todo esto, se vuelve pertinente preguntar por la producción de memorias en un ámbito local particular, su diversidad, interacciones y efectos, en especial el ámbito de la comunicación entre generaciones.

La población La Aurora se constituye en un caso privilegiado para esta exploración en la medida que su trayectoria nos permite suponer, en primer lugar, el carácter emblemático del barrio, ligado a lo cual se asume la existencia de memorias también emblemáticas, Y, en segundo término, el particular tejido social y la tradición comunitaria que lo caracterizan, que definen en parte su vida cotidiana y que brindan condiciones específicas para la transmisión intergeneracional de sus memorias.

En consecuencia, este artículo se plantea tres objetivos. En primer lugar, describir y analizar las diversas formas de memoria que se construyen cotidianamente en el territorio. En segundo lugar, distinguirlas según elementos como: actores involucrados, tipo de relatos que se configuran, espacios en los que se desarrollan y procesos de transmisión que implican. Y, por último, comprender las interacciones que se producen entre ellas, tanto a la hora de construir memorias del pasado como de producir diálogos intergeneracionales. El análisis realizado muestra la configuración de una trama de memorias locales de diversos tipos: memorias conmemorativas institucionales, memorias conmemorativas insolentes, memorias fragmentarias, y memorias narrativas oficiales a nivel nacional y local. En esta red, el presente del barrio tiene un lugar central, así como los conflictos actuales y pasados que lo constituyen. Y, en dicho marco, aquellos modos de rememoración más conectados con la vida cotidiana y el presente tendrán predominancia en los procesos de transmisión.

Este texto está basado en un trabajo de campo etnográfico realizado a lo largo de dos años (entre los años 2013 y 2015), posibilitado por mi participación en un colectivo cultural local⁷. Este proceso de producción de datos contempló: entrevistas en profundidad; relatos de vida; recopilación de documentación histórica, escrita y audiovisual sobre la población, su pasado, su presente y específicamente sobre lo sucedido en dictadura; observación

³ El nombre La Aurora, así como todos los nombres propios aquí incluidos, corresponde a una denominación ficticia. Con ello, se intenta volver anónimas las voces individuales y colectivas que aparecen. Aunque esta precaución puede no ser suficiente, la intervención y ocupación policial, la figuración en medios de comunicación, la cantidad de investigaciones académicas y periodísticas que se han escrito sobre el barrio y que han servido para diagnósticos gubernamentales, la hacen imperativa.

⁴ La noción de población en Chile corresponde a un tipo de barrio que debe su origen al crecimiento de la capital en la primera mitad de siglo XX. Con la acentuación del problema de la vivienda que este trajo consigo se generaron las llamadas “poblaciones callampa”, caracterizadas por pequeñas e improvisadas viviendas instaladas en tierras desfavorecidas y construidas usualmente con materiales de desecho en ausencia casi total de equipamiento urbano (Garcés, 2002; Cortés, 2014). A ellas se sumaron tomas de terreno y soluciones temporales otorgadas por el Estado, todo lo cual dio origen a barrios que hoy se identifican como poblaciones.

⁵ La Aurora I, La Aurora II y La Aurora III, son zonas dentro del barrio que responden a periodos y formas de asentamiento distintos. Tres procesos de desplazamiento que poblaron una zona ocupada principalmente por tierras de uso agrícola a lo largo de más de 30 años entre 1920 y 1960. El movimiento de pobladores, junto al obrero, es considerado como uno de los dos protagonistas colectivos más importantes en la sociedad chilena en el siglo pasado (Garcés, 2002).

⁶ Gracias a esta trayectoria histórico-política ligada a la izquierda y la tradición pobladora, La Aurora se ha constituido en símbolo de relatos vinculados a la resistencia y la militancia, memorias que después de muchos años comienzan a convivir con las versiones basadas en la figura de la víctima, sujeto pasivo que ha dominado el relato hegemónico nacional (Huyssen, 2004; Jelin, 2011).

⁷ La pertenencia a esta organización me permitió habitar el territorio de un modo cotidiano que no hubiera sido posible como “visitante”. Gracias a ello pude participar tanto de variadas actividades propias y habituales del barrio como del trabajo del grupo (procesos investigativos y creativos que abordaban la realidad poblacional, por ejemplo). Si bien estas últimas experiencias han sido relevantes para la investigación, no se mencionan en específico, al igual que el nombre del colectivo, para resguardar su trabajo y anonimato.

y participación de actividades de conmemoración el día 11 de septiembre; observación y participación de actividades culturales organizadas por colectivos locales y gubernamentales; y revisión de prensa sobre la población.

2. Memorias y transmisión intergeneracional en la vida cotidiana a escala local

El año 2018 en Chile se conmemoraron dos hechos históricos de relevancia: 45 años del Golpe de Estado y 30 años del plebiscito en el que la opción NO impidió que el dictador continuara. Ambos eventos se han constituido en las últimas coyunturas para que el pasado dictatorial, así como el de la transición democrática, sean recordados en la esfera pública. En estos momentos de intensificación del debate, uno de los asuntos que ha adquirido relevancia han sido las críticas dirigidas hacia partidos políticos emergentes y sus jóvenes dirigentes por pecar de visiones a-históricas de la trayectoria del país. Se ha rechazado su visión crítica del pasado, o sea, su propia interpretación del mismo. Así, en el debate nacional se ha puesto en juego la posibilidad de que jóvenes que no vivieron ciertos pasados (dictadura y transición) recuerden y tengan una visión propia. Se trata de una discusión en medio de un periodo en el que el diálogo y la transmisión intergeneracional se han instalado como inquietud o, como lo enuncia Stern (2013), en el que se aprecia un posible recambio donde el *impasse* de la memoria puede dar pie a la instalación de una cultura de olvido en las nuevas generaciones.

Tal como sostiene Jelin (2002b), cuando hablamos de transmisión intergeneracional hablamos de “una cuestión necesariamente abierta”, en la que aquellas generaciones y grupos de edad que vivieron el periodo represivo pueden comunicar bienes simbólicos como información, conocimiento, silencios, sentimientos, ideas e ideologías. No obstante, aun cuando sean puestos y compartidos en el espacio común, la transmisión dependerá de las nuevas interpretaciones que desarrollen aquellos que no poseen recuerdos personales directos. Serán las diferencias entre las generaciones y las relaciones que se establecen entre ellas, aquello que dará forma a una dinámica societal específica en lo referente a las memorias.

El campo generacional actual en Chile puede delimitarse desde la convivencia de ciertos grupos de edad. Quienes vivieron el Golpe de Estado teniendo entre 20 y 35 años hoy tienen entre 65 y 80 años, al mismo tiempo que quienes eran mayores para entonces muy probablemente hoy ya no están. Puesto en los términos usados por Wineburg, Mosborg, Porat *et al.* (2007), el primer grupo podría reconocerse como la generación “de la dictadura”, en la medida que participó de las movilizaciones a favor o en contra y/o se posicionó de alguna manera. Estos, muy probablemente, tienen hijos jóvenes o adultos, quienes habrán escuchado sobre ese pasado. Aquellos que eran jóvenes menores de 20 años cuando se impuso el gobierno de Pinochet hoy rondan los 50 y 60 años. Por último, los jóvenes actuales han nacido en democracia. Por tanto, hablamos de la coexistencia de un abanico de posiciones generacionales que va desde quienes sufrieron la represión o celebraron el golpe siendo adultos, hasta aquellos que no vivieron ni un día de dictadura. Situados todos en un momento en el que se considera la transición democrática finalizada y en el cual se pueden distinguir variadas iniciativas de reconocimiento de lo sucedido y construcción de sentidos oficiales del pasado⁸.

La preocupación por los legados del pasado y la gestión del mismo en el Cono Sur y, en particular, en Chile ha derivado en la construcción de investigaciones y reflexiones en torno a la transmisión. Un campo de estudio que en su reciente configuración ha centrado su interés principalmente en iniciativas institucionales, gubernamentales y educativas. O sea, contextos en los que la recuperación del pasado y su representación responden a acciones estratégicas y planificadas. Y, por otra parte, se ha focalizado en quien “emite” el mensaje, qué enuncia y cómo lo hace, y solo en algunos casos, en quien “recibe” el impacto o efecto de aquello que se intenta transmitir. El abordaje dialógico del proceso en términos intergeneracionales ha sido escaso (Reyes, Cornejo, Cruz *et al.*, 2015). Estas líneas de trabajo son y han sido relevantes en la medida que han permitido, entre otras cosas, reflexionar en torno a la constitución de las políticas de memoria que se levantan, así como los efectos que tienen. No obstante, no se puede olvidar que la transmisión no es solo un “traspaso”, sino más bien corresponde a un proceso dialógico que es, además de institucional, cotidiano. Ocurre en ámbitos que van más allá del espacio del aprendizaje escolar o de la conmemoración oficial, como son la familia y la cultura popular e, incluso, en zonas inexploradas e imperceptibles (Stewart, 2004; Wineburg, Mosborg, Porat *et al.* (2007); Kidron, 2009; Achugar, Fernández y Morales, 2013). En palabras de Welzer (2008: 287), “la historia también se transmite al pasar”.

Respecto de la transmisión es necesario considerar el rol activo que tienen aquellos que no vivieron los acontecimientos que se recuerdan. Su papel no solo se vincula al de un “receptor bien dispuesto” (Yerushalmi, 2002), pues se trata de un rol constructor, aun cuando el proceso de comunicación entre generaciones sea impulsado, conscientemente o no, por otro que ha sido protagonista, o bien posee un conocimiento que le permite contar. En dicha construcción se juega la transmisión intergeneracional, en tanto entraña la posibilidad de que el pasado recordado se transforme y sea interpretado por grupos de edad que no lo vivieron. Es por eso que en este artículo utilizamos la idea de transmisión intergeneracional como categoría analítica, siguiendo la línea de otros autores

⁸ Algunas de estas iniciativas son: la constitución de dos comisiones de verdad (la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, creada en 1990, y la Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura, en el 2003); establecimiento de pensiones, atención psicoterapéutica, servicio de salud, y becas de estudios escolar y universitario para los hijos o familiares de víctimas; la creación del Programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior, ocurrida en 1997; y la construcción del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, ocurrida en el año 2010.

que a través de diversos conceptos enfatizan el proceso dialógico de modificación implicado: re-significación (Jelin, 2002a), re-semantización (Berliner, 2005; Sarró, 2007), re-narración (Welzer, 2008), re-contextualización (Achugar, Fernández y Morales, 2014). De este modo, consideramos que en las relaciones entre generaciones las memorias y los discursos son recreados por los más jóvenes. No se recoge una herencia, sino que se negocia estableciendo un compromiso y ensamblaje con ella, dando pie a una comunicación intergeneracional que tiene como efecto la construcción del pasado (White, 2000; Berliner, 2005; Welzer, 2008; Sarró, 2007).

Los procesos de transmisión intergeneracional, además, se sitúan en el presente pues este brinda el marco interpretativo para que suceda. El pasado no es estático, está siendo construido y modernizado al inscribirse en nuevos contextos. Sus sentidos se transforman en función de objetivos actuales en la medida que las prácticas narrativas dialogan con otros textos y voces (White, 2000). Se viste de estructuras compatibles con agendas presentes que pueden ser explícitamente ideológicas, pero también eminentemente prácticas, locales, cotidianas o relacionales, porque en definitiva lo que está en juego en el acto constructivo es la necesidad de sentido y no solo una motivación propia y/o estratégicamente política.

En la exploración en torno a los procesos de transmisión, este trabajo propone dos consideraciones especiales. Por una parte, el hecho de que las memorias suelen ser diversas e interactuar entre ellas, lo cual implica no focalizar el análisis solo en un tipo de memoria o en la oposición de dos antagónicas. Siguiendo a Argenti y Schramm (2010), una aproximación dual, por ejemplo, de memoria y contra-memoria, corre el riesgo de generar una fijación de los sujetos que oscurece las complejidades propias de las prácticas conmemorativas⁹. Este tipo de análisis, centrado en los grados de oficialidad y relaciones de poder, es significativo porque a través de dichas dinámicas de jerarquía y juego de fuerzas se van configurando las políticas de memoria de nuestras sociedades. Sin embargo, al mismo tiempo pueden mermar las posibilidades de pensar la densidad de la construcción de memorias, la existencia de tramas y las oportunidades que estas entrañan para la transmisión. Y es que, como señala Portelli (2013: 3) incluso:

Quando hablamos de memorias divididas, no debemos pensar en solo una oposición entre una memoria comunitaria “espontánea” y “pura”, y una memoria “oficial” e “ideológica” (...) En realidad, estamos trabajando con una multiplicidad de fragmentos y memorias divididas internamente, y todas ellas están, de alguna manera, ideológica y culturalmente mediadas.

Por otra parte, se destaca la necesidad de tener en cuenta la escala en la que operan los modos de rememoración y los procesos de transmisión. Esto porque, siguiendo a White (2000: 506), se considera que “cualquiera que sea la fuente de autoridad de las historias narrativas, es su expresión en contextos particulares (...) lo que brinda la oportunidad de estudiar la importancia para las personas y comunidades”. Y estos contextos particulares se vuelven cruciales sobre todo si se encuentran atravesados por presentes también particulares. Es el caso de La Aurora, barrio que en los últimos 17 años ha sido objeto de diversas intervenciones estatales y ha pasado a representar de manera paradigmática los barrios problemáticos de la capital¹⁰. Debido a ello se ha visto expuesta a una constante presencia mediática y procesos de estigmatización asociados. Hoy en su cotidianidad coinciden elementos cargados de pasado como son la tradición, los vínculos familiares y de vecindad, y diversas prácticas comunitarias. Y, por otra parte, la precariedad, marginalización, sucesos riesgosos, urgencias cotidianas y violencias de distinto tipo, todo lo cual afecta la temporalidad acelerando y exaltando la vivencia del presente.

3. Emergencias cotidianas del pasado dictatorial

En la población La Aurora la dictadura se hace presente de diversas formas en la vida cotidiana. Ese pasado conflictivo y violento continúa vivo, aun cuando su actualidad pueda pasar desapercibida o quedar oculta bajo la no institucionalidad de algunas de estas manifestaciones. En este análisis llamo emergencias a esas situaciones a través de las cuales se construyen sentidos de lo sucedido. Se trata de ocasiones en las que el transcurrir llano y fluido de la rutina local se ve interrumpido. Esto quiere decir que corresponden a lo que Giannini (1987) llama transgresiones cotidianas.

La vida cotidiana no solo se compone de aquello con lo que en primera instancia suele ser identificada, o sea, lo que sucede sin reflexión, de manera automática, sin darnos cuenta, eso que se da por descontado (Giannini, 1987), lo aparentemente insignificante (Lefebvre, 1972). Incluye también lo problemático (Reguillo, 2005; Berger y Luckmann, 1986), aquello que se sale del marco de la ocasión social y de los roles y normas habituales para cada ocasión-tipo (Goffman, 1981), lo inusual que se aleja del encuadre de lo consuetudinario (Bruner, 1995), lo nuevo y lo extraordinario (Lechner, 1988). Todo lo cual suele ser reinsertado y hecho rutina nuevamente (Giannini, 1987). Desde dicho marco, según lo observado, el pasado dictatorial en la vida coti-

⁹ También podríamos hablar de la oposición entre memorias públicas y oficiales, aquellas que son ejercidas, producidas y distribuidas por quienes poseen capitales políticos y culturales para hacerlo, y las memorias subterráneas, aquellas que no poseen dicho nivel de visibilidad y envergadura (Da Silva Catela, 2003).

¹⁰ Se habla de “barrios críticos” o de “alta complejidad” para sectores definidos desde las autoridades y los medios de comunicación masivos como vulnerables, marginalizados, peligrosos, en los que el Estado se encontraría ausente y que concentran problemáticas sociales y delictuales vertebra- das por la existencia de narcotráfico (Lunecke, 2007; Lunecke, Munizaga y Ruiz, 2009).

diana de La Aurora emerge en forma de transgresiones diversas: conversaciones, fiestas, rituales, ceremonias, producciones narrativas. Así, estos distintos modos de transgresión se conforman como ocasiones cotidianas propicias para hacer memoria, como recordándonos que en las transgresiones se produce una “degradación de un tiempo continuamente inconcluso” (Giannini, 1987: 47). El fluir irreflexivo de la rutina, transcurrido en un presente permanente, se detiene y es ahí donde pasado y futuro pueden abrirse paso, al menos de una manera mínimamente reflexiva. Ahora bien, esto no significa que el grado de reflexividad implicado en la emergencia del pasado sea siempre “pleno” o “máximo” como se daría en el caso de la construcción de la memoria declarativa (Ricoeur, 1999, 2003). Entre el hábito y esta última existirán diversos grados de rememoración en función de la distancia consciente hacia el pasado que se recuerde. De este modo, el abanico de transgresiones de la rutina que permite la emergencia del pasado dictatorial va desde un recuerdo espontáneo y efímero, hasta una construcción narrativa en forma de relato histórico y público.

En el caso de la vida cotidiana de la población La Aurora las transgresiones a través de las cuales se construyen sentidos del pasado son diversas y las he distinguido en función de los actores implicados, el tipo de narración que transmiten y configuran, los espacios en los que se producen y los procesos de transmisión que involucran. En esta línea, identifiqué las siguientes cuatro formas de emergencia del pasado dictatorial: a) conmemoraciones institucionales, es decir, formas conmemorativas promovidas por organizaciones sociales llevadas a cabo cada 11 de septiembre; b) conmemoraciones transgresoras, o sea, apropiaciones rituales que re-significan actos que deben su origen a las protestas contra la dictadura de los años 80 que también ocurren los días 11 de septiembre; c) memorias fragmentadas o micro-narraciones que brotan mayormente en conversaciones dentro del transcurrir cotidiano; y d) narraciones oficiales, esto es, relatos construidos por organizaciones o colectivos a través de diferentes soportes y técnicas con la intención de difundirse e instalarse en el espacio público local y/o nacional.

3.1. Las formas conmemorativas institucionales

Según Candina (2002), desde 1973 el 11 de septiembre en Chile se ha ido instalando como “un día interminable”. Se refiere a una fecha icónica que ha sufrido diversos procesos de significación constituyéndose en un hito de disputa política, social y axiológica que mantiene su relevancia a nivel nacional hasta hoy. Los sentidos que condensa continúan en construcción, algunos se obscurecen, se transforman, pero muchos también se retoman y reemergen según las condiciones sociales y políticas de la actualidad.

Las distintas acciones de conmemoración que ocurren en torno a esta jornada año a año son parte importante de estos procesos. En medio de un periodo conocido como “mes de la patria”, porque alberga las celebraciones que conmemoran a la nación y su independencia, se mezcla un pasado heroico con otro trágico. Se conforma un paisaje diverso en las ciudades y barrios de Chile. Entre banderas patrias se entremezclan elementos variados como juegos y prácticas tradicionales, actos institucionales, vacaciones escolares, conmemoraciones, reportajes sobre la dictadura, homenajes a las víctimas, seminarios académicos, misas y liturgias, manifestaciones, etc.

La población La Aurora no es la excepción. Al igual que en otras poblaciones del país “pasan cosas”, por ejemplo, los dos actos conmemorativo-institucionales que tienen lugar en la principal plaza del barrio. Uno de ellos data de mayor antigüedad ya que se remonta a tiempos de dictadura y tiene como principal convocante y organizador al Partido Comunista (PC).

En la plaza y por la tarde poco a poco el memorial se comienza a vestir de banderas rojas del Partido Comunista. Quienes van llegando, muchos de los cuales son jóvenes que visten camisetas de las juventudes del partido, conversan en pequeños grupos en torno a él y a fotografías de detenidos desaparecidos y ejecutados que cuelgan de cordeles sujetos en árboles que rodean el conjunto escultórico. También hay lienzos con consignas como “Allende Vive”. Algunos asistentes prenden velas que disponen en el suelo de la vereda en hilera y en el contorno del memorial. Se ve así, luego de varios minutos y a eso de las 7 de la tarde, un grupo de 20 o 30 personas agrupados sujetando banderas, entre mujeres, adultos, niñas y mayores. El grupo reunido rinde homenaje a los caídos incluido el presidente Salvador Allende, a quien el monumento también está dedicado, comandados por miembros del Partido, familiares de víctimas y miembros de la Comisión de Derechos Humanos de la comuna “Por la Memoria Histórica”. Algunos dirigentes y militantes del Partido, así como familiares de víctimas dirigen palabras a los participantes, destacan la lucha de quienes murieron y la importancia de continuar los procesos de justicia en el caso de violaciones a los Derechos Humanos. Se escuchan algunas consignas por parte del grupo, gritos y proclamas propias de este tipo de actos. La gente se dispersa perdiéndose las banderas de vista por las calles aledañas a la plaza. (Relato de septiembre de 2014)¹¹.

Si bien, según los y las entrevistadas, antes congregaba a mayor cantidad de gente, en la actualidad este acto continúa realizándose siguiendo más o menos las mismas pautas. En tiempos de dictadura, se recuerda, eran más masivos y solían terminar con protestas y enfrentamientos de los mismos participantes con la policía.

¹¹ El memorial en torno al cual se realiza esta actividad corresponde a un conjunto escultórico levantado para homenajear a los detenidos desaparecidos y ejecutados políticos de la población, junto a Salvador Allende. Fue inaugurado en el año 2006 y su construcción fue comandada por una comisión en la que participaron familiares y militante del partido.

El año 2013 fue la primera vez que en la misma plaza tuvo lugar otra actividad de similar carácter. Las dos organizaciones culturales locales convocantes la plantearon como una alternativa a aquella organizada por el PC, la más conocida y emblemática. Una propuesta que estaba motivada principalmente por el desacuerdo con la posición que había tomado el partido hacia el último proceso de intervención estatal. Algunos de sus dirigentes y simpatizantes formaban parte del gobierno local, patrocinador de la iniciativa, y participaban del Consejo de Organizaciones Sociales conformado en el marco de la misma para promover la implicación comunitaria en el proceso. En una línea de trabajo con la que igualmente se muestran críticos los colectivos convocantes, algunos de los militantes del PC llevan más de 10 años impulsando acciones de patrimonialización y visibilización pública de la población.

Esta conmemoración en su primer año se planteó como consigna “habitar la plaza como antes”, antes de la intervención y las transformaciones sociales y urbanas que ha implicado. Para ello, se levantó una actividad que ha sido repetida con algunas variaciones por varios años (al menos hasta el año 2017), configurada sobre la base de diferentes instancias como: acciones muralistas; talleres con niños; comida y cocinar colectivo; música y una muestra de fotografías antiguas de la población. Al caer la noche, como acción de cierre y mientras el grupo que realiza la otra actividad junto al memorial ya se ha retirado, los participantes pintan siluetas negras en algunas baldosas. Junto a ellas prenden antorchas e iluminan el sector como anticipando lo que vendrá después en las calles. De esta manera, en sus primeros años se ha ido configurando un evento que también ocupa uno de los espacios principales de la población con prácticas diversas que buscan representar la cotidianidad del barrio y que se despliegan a lo largo de la tarde. Luego de su primera realización, se le sumó una “cicletada” por la “memoria combativa” que si bien comenzaba en otra zona de la comuna, después de pasar por diferentes estaciones, confluía en la plaza¹².

La convivencia de estas dos actividades conmemorativas impulsadas por organizaciones locales que se ha dado los últimos cinco años, no ha estado exenta de conflictos, críticas entre colectivos y hasta disputas y rencillas explícitas entre algunos participantes. Para otros, se ha vuelto parte anecdótica del paisaje que dibuja cada 11 de septiembre en La Aurora:

Nosotros el año pasado estuvimos hasta tarde ahí [se refiere a la actividad no organizada por el PC], el año antepasado también, pero igual vengo a mirar para acá, al memorial, no ves que es divertido eso, yo encuentro divertido que la plaza se divida en dos, y están los de acá que son unos poquitos, porque siempre son poquitos ¿te has fijado, ahí en el monumento? y ponen todas las fotos de la gente. (Carmen, 2015).

3.2. Conmemoración y reapropiación del pasado en forma de transgresión

Si seguimos el orden cronológico de la jornada del 11 de septiembre, vemos cómo a medida que avanzan las horas la población va cambiando, trastocándose esa forma de hacer memoria conmemorativa e institucional en sus dos diferentes vertientes. Lo que sucede en la plaza durante el día va siendo rodeado de otras prácticas que, a simple vista, o para un observador ajeno al territorio, se hace difícil descifrar con claridad en su vinculación con el pasado más allá de la fecha en que ocurren. Y es que no son convocadas por un actor local específico ni se configuran como invitación pública y directa a recordar. Como todos saben, en algunas esquinas se construyen hogueras que van iluminando el atardecer. Participan vecinos y familiares de las casas más cercanas sacando muebles, basura o escombros de los que se quieren deshacer y que han acumulado para la ocasión. Pequeños grupos de personas se reúnen en el lugar elegido y montan un túmulo de madera, telas y escombros de todo tipo que finalmente encienden con parafina. Una vez consolidada la fogata, el grupo se mantiene a unos metros mirando el fuego, se comenta y se va incluyendo poco a poco más material inflamable. Se alumbran sectores de la población y se entibia el ambiente conformando un paisaje particular, único en el año. Otros salen simplemente a admirarse con la escena, la que muchos recuerdan y remontan hasta la época de la dictadura cuando las protestas solían finalizar con barricadas, fogatas y enfrentamientos con la policía¹³.

Para algunos se trata de una instancia de celebración, para otros simples actos de jóvenes que no saben lo que sucedió en el pasado, en gran parte porque no habían nacido. Se esté o no de acuerdo, estas acciones generan expectativa en la población, ya sea por el deseo de verlas y participar, o bien porque se constituye en un anticipo de otras prácticas que las suceden y que pueden volverse riesgosas: los enfrentamientos con carabineros y los cortes de electricidad asociados. Y es que mientras el fuego aglutina a pequeños grupos, comienza un movimiento poco visible. Jóvenes, en su mayoría, transitan por la plaza y las calles aledañas, conversan en voz baja al tiempo que caminan en distintas direcciones como anticipando los recorridos que seguirán más tarde. Al pasar los minutos aparecen algunos con capuchas en dirección a la plaza, en especial a una de sus esquinas. Muchas veces no se ve, pero se escucha y comenta cuando la policía, resguardada en un autobús u otro vehículo blindado, ya se encuentra ubicada en los límites de la población. En ese momento, la mayoría de quienes se encuentran fuera de sus casas decidirán entrar,

¹² La “cicletada” corresponde a un recorrido realizado por un grupo de personas en bicicleta que incluye detenciones en sitios específicos que señalan sucesos de violencia política que han ocurrido en la zona en diversos momentos, desde la dictadura hasta hoy.

¹³ La década de los 80 en Chile se caracteriza, entre otras cosas, por haber acogido lo que se conoce como las Jornadas de Protesta Nacional, días en que distintas organizaciones sociales llamaban a manifestarse masivamente contra la dictadura militar en las calles a través de paros, huelgas y/o marchas. En el contexto de una crisis económica y de un proceso de reconstrucción del movimiento popular, se produjo la primera protesta nacional el 11 de mayo de 1983. Convocada por la Confederación de Trabajadores del Cobre, se sumaron universitarios, profesores, pobladores y otros actores sociales y fue reprimida duramente por la policía (De la Maza y Garcés, 1985). A este primer evento lo siguieron 14 jornadas más entre 1983 y 1986, además de otras manifestaciones de menor envergadura convocadas por sectores específicos, como estudiantes o sindicatos particulares.

previniendo que el intercambio posterior de piedras, palos, bombas lacrimógenas y balines abandone el área reducida de la frontera del barrio para extenderse una vez que la policía, como cada año, decida entrar.

Estos enfrentamientos representan un encuentro entre dos actores que se saben convocados: vecinos, en su mayoría jóvenes, que se agrupan a propósito de esta ocasión y no representan necesariamente a una organización local, y la policía. Ambos acuden, aunque sus momentos de aparición puedan sorprender y desviarse del guion establecido por la tradición, y despliegan fuerzas en un ritual de intercambio de agresiones y ofensas.

Cuando estaban recién encendidas las primeras fogatas de una de las calles principales, cuestión que había sucedido todavía con luz de día a diferencia del año anterior, aparece un furgón blindado y se detiene frente de las hogueras, como observándolas desde unos 40 metros de distancia de la primera de al menos 4 que habían siguiendo el eje de la vía. Sobre esa primera fogata cuelgan dos banderas chilenas de una cuerda que cruza de poste a poste todo el ancho de la calle, como recordando lo emblemático de la fecha, y se ven flamear en medio del humo gris que se eleva. Una vez detenido el furgón uno de los policías que estaban en su interior saca un brazo para disparar bombas lacrimógenas en dirección a la zona de fuego donde también estaban quienes lo mantenían vivo y algunas personas mirando. Apenas se distinguen los proyectiles lanzados en medio del humo y vecinos que intentan seguir trayectos propios de una jornada que no deja de ser cotidiana: se cruzan caminando con bolsas de almacén en las manos, otros transitan en bicicletas, varios apuran el paso aunque sin alarma; algunos autos avanzan esquivando las hogueras para lo cual deben subirse a la vereda; acaba de pasar por ahí el camión municipal que limpia la calle después de un día de feria. Todo mientras se escuchan rumores de que siendo aun de día, la policía ya comenzó con algunos disparos en otro sector de la población. El furgón al poco tiempo se pierde tal como llegó, por una calle pequeña. Pasan los minutos y la policía vuelve en un jeep y siguiendo casi el mismo patrón se instala apuntando hacia las hogueras. Esta vez avanza haciéndole el quite al fuego mientras se asoman desde las calles manos que lanzan más piedras. Pocos minutos después se escuchan los primeros balazos, no se sabe de dónde vienen. Ese jeep apareció dos veces, la segunda vez lo hizo acompañado de un furgón y juntos se estacionaron frente a la hilera de fuego que seguía viva. Allí, los policías fuera de los coches y protegidos con cascos y chalecos antibalas, toman sus escudos y comienzan a disparar lacrimógenas nuevamente hacia la zona en la que a estas alturas apenas se diferencia el fuego por la cantidad de humo. Miro y al mismo tiempo escucho a alguien que observando lo que sucede dice fuerte como sorprendido, aunque tranquilo “¿Tan temprano?”. (Relato de septiembre de 2014).

Las hogueras se erigen como antesala de otras acciones en las que tampoco se hace fácil de apreciar la relación con un pasado no tan reciente como el de la dictadura. En ninguna de estas prácticas hay consignas previas ni llamados públicos a participar para conmemorar lo sucedido y/o homenajear a los caídos. Fogatas y conflictos abiertos con la policía a veces se distinguen con facilidad, una sigue a la otra, pero a veces se superponen y así sucedía también en años de represión dictatorial. Por lo mismo, aun cuando no necesariamente participen las mismas personas y se trate de actos y secuencias de estructura en gran parte diferente, a ratos parecen ser parte de una sola configuración insolente.

3.3. Memorias fragmentadas o micro-narraciones cotidianas

Las formas de memoria que mencionamos más arriba, conmemoraciones oficiales y transgresoras, ocurren cada año el 11 de septiembre y en sus orígenes se remontan a los tiempos de la dictadura y las protestas nacionales. En este marco, se pueden considerar cotidianas, es decir, parte de la habitualidad del barrio. Para nadie son extrañas, incluso para muchos son ya tradición local.

Pero en una cotidianidad más apegada al día a día, a la rutina y a su continuo fluir, el pasado dictatorial también se hace presente, aunque en forma de transgresiones más sutiles. Esto sucede a través de fragmentos, o lo que llamo micro-narraciones, ya que en ellas la configuración de una trama y la reflexividad asociada no están presentes, al menos no como lo están en los modos convencionales de narración. Anécdotas o simples apariciones efímeras, pequeños relatos de situaciones y acontecimientos vividos en primera persona (lo que no quiere decir que se vivan con protagonismo) o contadas sobre otros, pero próximas. Comentarios, apreciaciones, episodios evocados al pasar, imágenes, desprovistas generalmente de claves contextuales y/o políticas, que emergen en plena cotidianidad a propósito de la historia de vida, de una situación particular o de un comentario de otro. Palabras espontáneas y muchas veces fugaces que ponen a la experiencia en el centro por sobre la identificación política, y que muestran situaciones cotidianas ocurridas en la población, haciendo escasas las alusiones a la sociedad en su conjunto o a la ciudad. En ellas, más bien, lo preponderante es la propia vida que, a su vez, se hace inseparable del territorio y trayectorias que suman dificultades y conflictos de diverso tipo.

Aquí, mira aquí en la esquina había una señora que tenía caballos, ella tenía, ella vendía pasto en la feria y tenían caballos, y tenían de estos sacos con afrecho que le daban a los caballos y llegaron los milicos y le hicieron tira todos los sacos, con cuchillos así, le desparramaron el afrecho porque ahí decían los milicos que tenía el armamento guardado, y le hicieron tira todas las cosas, y ella no tenía nada poh ¿qué iba a tener? una metralleta [se ríe]. (Carmen, 2015)¹⁴.

¹⁴ Respecto de algunos términos: “hacer tira” se usa como sinónimo de romper y “milicos” es como se le designa coloquialmente a los militares.

En casos como este, a través de una pequeña historia la entrevistada grafica lo que sucedía los primeros días después del Golpe de Estado en la población. Lo hace mientras se refiere a los miedos que con su familia pasaron, vinculados principalmente a la presencia constante de los militares en las calles, los disparos que se oían y la posibilidad de ser allanados con violencia. Sin preámbulos y en medio de dicho relato refiere a una vecina que efectivamente fue allanada. Y si bien habla sobre el miedo que la situación le generaba, también se ríe a propósito de lo curioso que le resulta la mezcla entre amenaza y violencia representada en la acción militar, y la cotidianidad que contiene la imagen de una señora mayor que en su casa guarda el alimento para sus animales. Una breve historia que comienza y termina sin más explicación ni contexto.

Dentro de estas micro-narraciones, distingo tres formas diferentes de expresión: micro-relatos, imágenes y comentarios o anécdotas. La primera se refiere a historias breves que cuentan sobre una situación experimentada en la población o contada por otros. Escuetas descripciones que hablan de cosas sucedidas y, principalmente, experiencias vividas en su transcurso. Estos relatos, aunque concisos, instalan escenas que grafican lo que pasaba entonces y son, en su mayoría, domésticas. Se caracterizan con detalle, lo cual permite imaginarlas en términos concretos aun cuando no se conozca el lugar. Para ello se utilizan referentes espaciales, alusiones a lugares específicos o simples usos del “aquí” y “allá”, así como referencias sobre los participantes, incluso diálogos desarrollados en el momento descrito. Todos estos elementos nos dibujan un evento que efectivamente sucedió en el territorio durante la dictadura, lo que se denota en la cualidad vivencial. Así, quien escucha se sitúa en ese lugar, se lo imagina, lo vive. Sin haber estado ahí se remonta a espacios que el narrador sigue habitando, lo que le posibilita remontarse a la habitualidad de una dictadura que se imponía. Memorias que aparecen de forma espontánea a propósito de un hecho, comentario, tropiezo del presente, pero siempre situados en los límites de la población, o bien, referido a ella. Una memoria local, familiar o vecinal, próxima.

Hay fragmentos que instalan y describen escenas diversas, dispersas y únicas; hay otros, sin embargo, que sin perder sus particularidades van dando vida a un conjunto recurrente. Se configura, por tanto, una imagen más amplia, la segunda de las formas que describimos como parte de las memorias fragmentadas. Algunas escenas del pasado aparecen y vuelve a aparecer en la voz de los vecinos, dinámica que las hace emblemáticas en términos territoriales. Una de estas imágenes es la del Golpe de Estado. Un fragmento hecho de fragmentos que surgen como intercalados. El día del golpe es referido repetidas veces tanto dentro de un mismo discurso como de manera transversal al hablar sobre la dictadura, aunque siempre desde la experiencia. Lo mismo sucede con los allanamientos que sufrieron muchos pobladores y pobladoras en el barrio.

La tercera forma que adquieren las micro-narraciones son las historias en su mínima expresión. El relato se reduce y pasa a ser un simple comentario o una breve anécdota. A través de frases “seltas” que se enuncian al pasar, frente a la presencia o acción de otro, ante una situación inesperada o un encuentro rutinario, la dictadura se trae al presente para luego desaparecer de la misma manera efímera que surgió. No alcanza a constituirse una historia, ni a describirse con mínimo detalle una situación vivida y, sin embargo, el pasado emerge igualmente en el transcurso casi irreflexivo del presente.

Estábamos tomando té con Elisa, Carmen, José, Lidia y Valeria. De pronto Carmen, sentada junto a la ventana mira hacia afuera, observa la escuela ubicada al cruzar la calle y cercada por muros, y pregunta “¿esas latas son nuevas?”, sorprendida. Alude a unas protecciones que hace pocos días pusieron sobre los muros perimetrales de la escuela, una especie de extensión que aumenta su altura en unos 2 metros. Valeria y yo contestamos que fueron instalados hace unas semanas. Ella dice que no lo había visto a pesar de ser parte de sus recorridos habituales. Y a continuación pregunta si es una protección frente a las balaceras, a lo que Valeria responde que efectivamente son para resguardar a los niños y profesores (a veces los proyectiles sobrevuelan o directamente alcanzan el patio de la escuela, provenientes de tiroteos originados en otros sectores de la población). Comienza así una conversación sobre balas y especulan sobre la efectividad de esta nueva acción preventiva, hasta que Elisa comenta y compara: “para el pronunciamiento de Allende (se refiere al día del golpe militar) sí que habían balas y se metían a la casa”. El resto escucha y algunos asienten con la cabeza. (Relato de mayo de 2014).

3.4. Construcción de narrativas a escala local y nacional

Así como las micro-narraciones o fragmentos inundan la cotidianidad de la población y parecen primar como forma de recuerdo, aquellas narrativas más oficiales, institucionales y elaboradas semánticamente también tienen un lugar en las tramas de memoria del territorio. Me refiero a aquellos procesos que tienen como objetivo explícito la construcción narrativa sobre el pasado, en cuyo sentido se trata de relatos con mayor grado de reflexividad y cercanía a los modos convencionales de narración. Producciones que, con mayor o menor grado de coherencia, cercanía al relato histórico, vocación e impacto público masivo o local y focalización en un periodo específico, hablan a través de diversos lenguajes de la trayectoria poblacional, incluyendo lo vivido durante la dictadura militar.

Diversos actores locales realizan y han realizado este trabajo de construcción de memoria. Un ejemplo lo constituye la ruta patrimonial que se desarrolla cada año en la población. Es la materialización de un largo proceso de

puesta en valor y patrimonialización del barrio¹⁵. En ella se invita de manera pública a los habitantes de la capital a visitar La Aurora y recorrerla junto a un guía local, deteniéndose en diversos lugares considerados significativos para su historia por los organizadores. Dentro de este mismo proceso se cuenta también el trabajo de investigación y recopilación de antecedentes que se ha realizado para lograr que La Aurora sea declarada Zona Típica por parte del Consejo de Monumentos Nacionales. Allí, lo sucedido en dictadura, en especial los eventos vinculados a las memorias de resistencia, junto a la tradición pobladora y comunitaria son aspectos insoslayables a la hora de visibilizar su historia.

Además de estas producciones narrativas que reconstruyen la trayectoria de la población desde sus orígenes, existen otras que centran su atención en lo sucedido durante la dictadura y, en especial, el mismo día 11 de septiembre y los inicios de la represión. Estos relatos, construidos por organizaciones del barrio, historiadores, científicos sociales y otros actores locales sobre la base de testimonios y trabajo historiográfico, han alcanzado difusión y reconocimiento a nivel territorial y nacional¹⁶. A través de diversos soportes se cuenta y recuerda el transcurso de la jornada con el objetivo de dar visibilidad y destacar los intentos de resistencia armada al golpe militar que se forjaron en los llamados cordones industriales de la zona sur de la capital, y el papel que jugó en ellos la población. En ella convergieron grupos de trabajadores y dirigentes que buscaban defender con armas al presidente Allende. Un propósito que terminó por fracasar después de diversos enfrentamientos, algunos sucedidos dentro La Aurora (Garcés y Leiva, 2005; Vidaurrázaga, 2013). Estas acciones concretas de lucha, así como la tradición política y comunitaria del barrio le valieron, junto a otros similares, una dura represión militar, cargada de desapariciones, ejecuciones y violentos allanamientos. Todos sucesos que han sido igualmente consignados en estos registros.

Otra línea de trabajo de construcción reflexiva y narrativa, pero que opera a nivel más local, es la que sigue algunas organizaciones culturales, educativas y programas gubernamentales y tienen por objeto representar, rescatar, difundir y elaborar las memorias de la población. Se trata de trabajos que, a través de diferentes dispositivos, como son acotados proyectos de investigación social, talleres artísticos, obras de teatro, documentales, abordan el pasado conflictivo y represivo como parte, nuevamente, de la trayectoria del sector.

4. Tramas de memoria local: cotidianidad, disputas y transgresión

A través de estas descripciones es posible constatar, en primer término, que el pasado dictatorial es un pasado vivo a nivel local, y esa actualidad se encuentra representada en distintos niveles de la cotidianidad. Junto a ello, se evidencia la constitución de una trama de memoria local en la que conviven diferentes modos de rememoración que pueden o no tomar forma de enfrentamientos entre algunos de ellos. A través de esta idea de trama se entiende que las dinámicas que se produzcan en la configuración de la misma dan cuenta de procesos de transmisión intergeneracional que se han producido, así como también que son el escenario en el que ese intercambio sigue sucediendo. Una trama es un agregado de hilos de distinta envergadura que cruzados y enlazados conforman una tela. En conjunto pueden o no dibujar, contener, delinear una imagen, una forma concreta, coherente. Utilizo esta noción, entonces, porque lo que se ha observado es una diversidad de memorias de distinto carácter (oficiales a nivel nacional, local, conmemorativas, semánticas, históricas, cotidianas, fugaces, insolentes, etc.) que se entretienen, dialogan, pero también se alejan o estallan según determinadas coyunturas. Se forman nudos que pueden disolverse o uniones que configuran narrativas más amplias. Se oponen o trabajan a espaldas unas de otras. Pero nunca están aisladas. Esta configuración es la que se aborda en lo que sigue.

Lo que sucede en el caso de La Aurora permite trascender la idea de la conmemoración como necesariamente vinculada a una impronta institucional. Pueden ser actores diversos y dispersos quienes, como menciona Jelin (2002b) a propósito del 11 de septiembre, traen el pasado al presente a través de rituales públicos, activando sentimientos, interrogando y confrontando sentidos, construyendo y reconstruyendo memorias del pasado. De este modo, entiendo que se produce una configuración conmemorativa amplia en la población, que es parte de la vida cotidiana del territorio, representa disputas y conflictos en distintos niveles (local y nacional) e involucra dos espacios: la plaza y la calle.

En la plaza ocurre algo de carácter indudablemente institucional. Ambas actividades son convocadas por organizaciones locales, un partido político y dos colectivos culturales, respectivamente, aunque aquella vinculada al PC posee un mayor peso histórico. Esto responde a que su realización data de tiempos de dictadura y al lugar que tiene el partido en la población como institución icónica a nivel local. Los vecinos no solo recuerdan dirigentes emblemáticos, sino además identifican y asocian la categoría “comunistas” con el hecho de ser de izquierda, contrario a la dictadura, allendista, entre otras cosas. Y aun cuando se reconoce un declive de la participación en el partido, se

¹⁵ Los días 31 de mayo de cada año se celebra el Día del Patrimonio Cultural en Chile. En el país se abren gratuitamente al público museos y edificios históricos, y se organizan rutas patrimoniales. Desde el año 2012 la población La Aurora es parte de esta red de lugares. Esta iniciativa representa los intentos de un grupo de personas, algunos pertenecientes al partido comunista y otros miembros de organizaciones sociales locales, por promover y mostrar el barrio al resto de la sociedad como un lugar cuya riqueza cultural física e inmaterial lo hacen digno de ser visitado y preservado. Todo ello de la mano de un proceso de rescate y defensa de la población como patrimonio iniciado el año 2011, en el contexto del comienzo del proceso de intervención de turno.

¹⁶ Estas historias han sido recogidas, recopiladas y expuestas públicamente a través de diversos registros como libros, documentales, artículos de divulgación, reportajes, etc. Son narraciones que intentan comprender y explicar el contexto político de la época, o bien reflexionan sobre el rol de la población y sus habitantes (muchos de los cuales eran militantes o simpatizantes del partido comunista) y la importancia de la recuperación de esta historia para el presente del barrio.

destaca su relevancia a nivel local y organizativo al tiempo que sus militantes, muchos de los cuales son familiares de víctimas, son identificados como legítimos portadores y defensores de las memorias de lo sucedido.

Frente a esta actividad, se alza una más actual cuyo objetivo, si bien apunta a recordar, pone énfasis en el presente intervenido de la población. Es decir, su pasado más reciente, durante el cual ha sido objeto de intromisiones estatales diversas cuya cara más cruda es la ocupación policial a largo plazo (Han, 2013). Se levanta intentando reivindicar memorias subterráneas (Da Silva Catela, 2003) que a ojos de estas organizaciones aquellos relatos que representa la “otra” actividad dejan de lado al ser más cercanos a las narrativas oficiales estatales. Por ejemplo, las memorias de la resistencia y la autogestión que contiene el barrio. Sin embargo, al mismo tiempo se dialoga con estas, a través de símbolos más tradicionales como es la figura del detenido desaparecido. En este sentido, estas acciones alternativas construyen memorias políticas que, practicadas mayormente por jóvenes, hablan también de los muertos y enfatizan el presente allí donde el nexo pretende no ser la víctima, sino la interpretación de su lucha. Aun cuando para ello se utilizan recursos ya conocidos y propios de los movimientos de Derechos Humanos, como las siluetas y las velas, que en este caso son antorchas.

En este sentido, en la plaza las memorias construidas a través de las dos conmemoraciones dialogan, debaten y se confrontan llegando a generarse conflictos declarados entre los participantes a las actividades. La disputa se genera tanto por las memorias como por el presente de la población y la posición política de las distintas organizaciones respecto de las intervenciones estatales: disputa por el pasado y disputa por el territorio.

En primer lugar, el conflicto tiene relación con los desaparecidos y ejecutados. Tal como sostiene Ricoeur (2002: 25), “fueron los filósofos griegos quienes dieron la forma de una aporía, es decir, de un problema insoluble, a la relación entre presencia y ausencia. El recuerdo implica la presencia de una cosa que está ausente”. En el caso de las memorias de la dictadura en Chile, así como en otras sociedades que han vivido conflictos políticos violentos similares, parte importante de la ausencia que se intenta hacer presente son los muertos. La víctima, como figura moderna, se ha constituido en un marco de interpretación e inteligibilidad del sufrimiento gracias a lo cual he llegado a tener un lugar central en los colectivos y movimientos sociales de memoria y Derechos Humanos (Sarti, 2011). Y dentro de él quienes murieron tienen un lugar central. En este caso, en la plaza su representación se realiza de diferentes modos, pero la pregunta crítica que parece jugarse es: ¿de quién son los muertos? O bien ¿quién será el portavoz o representante legítimo de su voz acallada por la violencia política? ¿serán sus compañeros de militancia o quienes hoy creen representar con mayor fuerza su lucha y proyecto ideológico? Aquí un lugar particular lo ocupan los testigos de lo sucedido, de ahí que los jóvenes muchas veces sean deslegitimados para hacer memoria. Como sostiene Belvedresi (2009), el testigo es valorado y autorizado moralmente para recordar en su calidad de víctima sobreviviente y, junto a ello, como portavoz de los que ya no están. Ante ello, muchos jóvenes parecen rechazar aquel “estatuto de víctima” (Todorov, 2000) que, a sus ojos, ostentan y continúan aprovechando los participantes de la actividad partidista para obtener reconocimiento.

En segundo lugar, entre ambas conmemoraciones se pone en tensión el territorio y su presente, cómo se interpreta su trayectoria y qué posición se adopta en su actualidad político-territorial. No se juega tanto la postura ideológica de cada organización, sino más bien el papel que juega cada una respecto de la intervención estatal. Y dentro de este debate dos elementos resultan críticos: el hecho de pertenecer o no a la población y la cercanía con el Estado. Los organizadores de la actividad “tradicional” deslegitiman a los otros convocantes como interlocutores y actores locales, debido a que algunos de sus miembros no son vecinos. Desde estos colectivos se interpela al Partido y sus militantes en tanto que afines a la intervención y al gobierno local. Ambos conflictos, respecto del pasado y del presente, se trenzan, parecen inseparables porque implican posicionamientos que muchas veces están “cargados” de pasado. En este sentido, aunque verse sobre la actualidad, para algunos jóvenes una disputa entre posiciones políticas enfrentadas es en sí misma una especie de fuente de memoria sobre la dictadura. Muchos de ellos han visto este tipo de conflictos en sus propias familias o entre vecinos.

Lo que sucede en la calle puede entenderse como parte de la misma configuración memorial del 11 de septiembre. Y, aunque de diferente manera, hogueras y enfrentamientos también representan y expresan disputas.

Las prácticas de memoria que se desarrollan en las calles de distintas poblaciones de Chile los días 11 de septiembre suelen ser consideradas actos delictuales y aislados por parte de autoridades y medios de comunicación. Al ser categorizados como violentos no son destacados en su carácter conmemorativo y constructor de sentidos del pasado. No obstante, a través de un análisis a escala local, es posible comprender no solo esta cualidad, sino también el sentido que adquieren para el presente y su papel en los procesos de transmisión intergeneracional.

Desde la distinción sostenida por Delgado (2004: 130) entre formas de apropiación del espacio, se puede entender la construcción de fogatas como una fiesta. Es decir, una actividad en la que “las gentes ocupan los espacios comunes y allí, al amparo de sus símbolos, materializan su identidad social”. Pero la calle también alberga su expresión más radical, la revuelta. Las acciones desplegadas al alero del fuego se extreman, se llevan a sus límites, intensificando elementos como las emociones implicadas, la violencia, la alerta, el peligro, etc. Aunque el paso entre una y otra a veces se vuelve imperceptible, la distinción existe. Antes del clímax que representan los enfrentamientos, muchos vecinos comparten, celebran, recuerdan y ocupan de una manera particular y única el territorio. Poco a poco algunos se resguardan en sus casas al tiempo que otros se suman para medir fuerzas con la policía, jóvenes y carabineros se agreden, se repliegan y vuelven al ataque, hasta que se retiran. Se despliega una lucha que marca el territorio, deja vestigios materiales del paisaje dibujado por la noche, pero también huellas en las memorias recientes del barrio.

La fiesta y la revuelta que ocupan las calles de La Aurora cada 11 de septiembre nos hablan de dos elementos principalmente, aunque con distintas intensidades: el pasado dictatorial y la transgresión. En ambas formas conmemorativas el pasado no está presente de manera tan explícita como en los actos desarrollados en la plaza, ni son acciones convocadas por organizaciones cuyo objetivo declarado es recordar y homenajear a los desaparecidos. Sin embargo, son eventos a través de los cuales dicho pasado se hace presente. Como señala Rappaport (2001:66), una de las características del ritual es que ha sido codificado por alguien diferente de los participantes, es decir, estos realizan una serie de expresiones pautadas siguiendo “un orden, más o menos puntilloso, establecido, o que se cree ha sido establecido, por otros”. En el caso de las hogueras parte de esta codificación se remonta, tal como recuerdan los vecinos de toda la vida, a la dictadura de Pinochet. No obstante, se trata de una relación con el pasado y una contextualización que es más vivida que declarada, actuada más que explicitada narrativamente. Aquí no hay fotografías de víctimas, ni lienzos, ni velas, ni discursos. Si para algunos es símbolo de protesta, esa que viene de antes, para otros será fiesta, celebración y juego. Dicho de otra manera y siguiendo a Delgado (2004), en esta práctica se emplea una técnica que “ya estaba ahí”, una manera de hacer cuyo inicio es conocido en el territorio, aunque dicho punto de partida no la acompañe siempre como reivindicación y relato histórico. Es el caso de muchos jóvenes en quienes este nexo toma la forma de una simple mención. Aunque ellos no se explayan sobre la vinculación de sus acciones con el pasado ni activen narrativas de índole histórico-política para explicarlas, este se nombra como origen, uno que resulta digno de mencionar. No se exhiben memorias estructuradas que le den un marco comprensivo asociado al pasado, pero se nombra la dictadura dando cuenta de una información que ha sido transmitida y que, por escueta que sea, representa su identificación y pertenencia al territorio. Lo que prima es la acción y el presente, la posibilidad que brinda la jornada para enfrentarse con una presencia policial que se ha extendido por años en la población, toda una vida para muchos de los que participan. Una ocupación policial que ha colonizado su propia historia, se ha constituido en su pasado más próximo y, como tal, le otorga sentido a esta práctica, un sentido local, propio de la vivencia en el barrio.

Tal como refería un joven entrevistado, el 11 de septiembre “es como un día donde todo está permitido”. En ese entendido, se ponen en escena técnicas que han sido resignificadas, recontextualizadas, apropiadas en función del presente y el propio pasado reciente de una generación que en La Aurora nació intervenida. La descripción de la jornada como “un día donde todo está permitido”, entonces, alude a un conflicto local entre la población, o parte de ella, y un agente externo, aunque muy conocido y ya parte del espacio cotidiano, como es la policía. En la “protesta” la forma del ritual permite habitar el territorio desafiando algo a lo que no se le puede hacer frente en el día a día, algo que seguramente de otra manera no podría ser representado ni llevado a la práctica. Allí la gestión de la intromisión estatal y sobre todo aquella policial, es compleja y se maneja tácticamente, sin romper esa especie de equilibrio precario que brinda la rutina cotidiana. Para el “11”, en cambio, la tensión habitual se recrudece y estalla. Y con esto no me refiero solamente al choque con la policía, sino finalmente a la misma constitución conflictiva del territorio que se pone en escena a través de estas prácticas arcaicas, como recordando de qué está hecho el barrio (Geertz, 2003).

En estas prácticas conmemorativas sucede una disputa por el territorio al igual que sucede en la plaza, pero ya no entre organizaciones y sus sentidos políticos del pasado y del presente si no entre jóvenes de la población y policías. Ambos intentan apropiarse de un lugar que ya desde minutos antes está siendo inscrito y habitado a través de las hogueras de una manera poco ordinaria. Como si en esa noche se suspendieran ciertas regulaciones para dar pie a un “todo se puede” en el que se mueven o, más bien, se transgreden las fronteras de cierta normatividad. Se produce una transgresión (Foucault, 1996), tanto de los modos oficiales o aquellos signados como pacíficos de construcción de memorias de la dictadura, como de las formas permitidas de ocupar y gestionar el espacio y los conflictos que contiene. Los límites implicados en estos ámbitos más que ser suspendidos o desaparecidos, son vividos, exaltados. Su transgresión es, al menos en parte, aquello que hace significativo el ritual.

Las formas de construcción de sentidos del pasado mencionadas hasta aquí, no pueden entenderse aisladas, sin tener en cuenta el papel de las micro-narraciones que trabajan en el día a día y dialogan con ellas. Aunque estos modos de recuerdo, o similares, han sido analizados en otros contextos desde su carácter fragmentado y las dificultades que representan para la transmisión intergeneracional, en esta investigación seguimos una línea en cierto sentido contraria.

Stern (2000) habla de memorias sueltas y Pécaut (1997) de fragmentación de la memoria, aludiendo a forma similares de rememoración¹⁷. En ambos casos, lo problemático para la transmisión radica en su carácter personal, local y vivencial y, por tanto, de baja proyección en los espacios públicos o semi-públicos. Según estos autores, operan en ámbitos más bien reducidos, privados, familiares y/o íntimos, quedando impedidos de circular a nivel público y llegar a constituir un sentido colectivo. Y promueven una memoria basada en acontecimientos y expresada a través de relatos individuales que no logran inscribirse e integrarse en uno colectivo que permita otorgarle sentido a la violencia.

En efecto, las micro-narraciones descritas en este artículo comparten características con lo planteado por Stern y Pécaut; sin embargo, aquí se destacan algunos elementos diferenciadores. Por una parte, su relevancia a nivel local. Ciertos fragmentos adquieren un carácter emblemático barrial que solo es posible observar en esta escala de análisis y

¹⁷ Para Stern (2000), las memorias sueltas corresponden a todos aquellos recuerdos de experiencias significativas y relevantes en nuestra propia concepción y definición, pero que no tienen necesariamente mayor sentido fuera de un ámbito personal, es decir, sueltas en relación a un significado e imaginario colectivo. Las memorias emblemáticas, su contraparte, son aquellos sentidos que justamente nos permiten enmarcar, articular, organizar, dichos recuerdos con un sentido social, en una narración colectiva.

que está muy ligado justamente a su impronta experiencial y personal. Esta importancia local, además, muchas veces se vincula con la constitución de las micro-narraciones como referentes que permiten poner en relación el pasado y el presente. Es lo que sucede en el caso de jóvenes a quienes las historias de dictadura contadas por familiares y/o vecinos, y también recordadas por las conmemoraciones y narrativas oficiales, sirven de punto de comparación entre su propia actualidad conflictiva y el pasado de represión política. Ellos realizan un proceso de re-significación y re-contextualización de esos relatos, por efímeros que sean, que se hace posible gracias al carácter cotidiano y apegado a la experiencia territorial de los mismos. En este proceso, además, participan aquellas pequeñas historias que ya no hablan de dictadura sino de las conmemoraciones de la actualidad, del pasado inmediato (posterior al comienzo de las intervenciones). Así, las memorias de las prácticas pretéritas anti-dictadura se van entremezclando con aquellas que los jóvenes han significado contra la intromisión y represión estatal¹⁸.

Por tanto, sostengo que las micro-narraciones pueden ser pensadas en un ámbito local como favorecedoras en el establecimiento de vínculos entre lo acontecido en dictadura y una actualidad que parece requerir de interpretaciones en los jóvenes, quizás por su carga también excepcional. Además, la constitución de estos puntos de referencia y su apropiación por parte de generaciones nuevas propicia procesos identitarios, de pertenencia y arraigo a la comunidad en tanto habilita a sus re-narradores a pasar ser parte de la historia del territorio. En este sentido, destaco el rol comunicador y simbólico de las micro-narraciones, en tanto que memoria cercana a lo episódico, cuestión que resulta un ejercicio necesario en el campo de estudio de la memoria social de pasados violentos. En este, habitualmente, las tramas de memoria se interpretan y someten a análisis principalmente en función de construcciones narrativas convencionales y su capacidad transmisora de conocimientos y aprendizajes. Y se suele interpretar que la falta de narrativa política e histórica implicaría olvido o ausencia de transmisión.

Respecto de esta trama de memoria local, finalmente cabe señalar que las narrativas institucionales y oficiales también forman parte de ellas. Aunque tendrán un peso menor en la cotidianidad del territorio, no puede desconocerse su papel en la construcción de sentidos del pasado, principalmente en dos líneas. Primero, en tanto que relatos con los que las conmemoraciones y las memorias fragmentadas dialogan, discuten, a veces se oponen explícitamente y otras la subvierten desde su marginalidad. Segundo, en la medida que son memorias que han tenido un papel central a la hora de permitir la constitución de un reconocimiento ético basal compartido en la población, incluso por quienes se declaran de derechas o antiguos opositores a Allende. Un reconocimiento que tiene relación con la certeza de la existencia de las víctimas y el respeto hacia sobrevivientes y familiares, y, por otra parte, con la afirmación de las historias de resistencia armada que se vinculan al barrio.

5. Conclusiones

En la población La Aurora la dictadura se constituye en un pasado vivo a través de diversos modos de rememoración, algunos de los cuales operan desde la sutileza y lo fugaz de la cotidianidad. El barrio representa un caso que permite profundizar en la comprensión de memorias locales y explorar la constitución de tramas de transmisión intergeneracional, en un contexto cuya actualidad configura condiciones extraordinarias marcadas por la convivencia de la exaltación del presente y la impronta de la tradición comunitaria.

Si bien ha sido posible observar la existencia de una trama de memoria local, con diferentes capas de rememoración (conmemorativas diversas, otras más ancladas en la rutina y otras propiamente narrativas), se evidencia también que en el presente territorial adquieren preponderancia dos de ellas: las micro-narraciones y las prácticas transgresoras. En una actualidad en la que urge afrontar y aprehender el presente y donde no hay reconocimiento oficial, público y político de lo que sucede hoy, estas presencias efímeras del pasado permiten la búsqueda de comprensión y de identificación con el otro. Las narrativas oficiales, como relatos coherentes y generalizadores, se vuelven dificultosas de recoger y hacer propios en una actualidad cargada de emergencia. Mientras tanto, fragmentos y rituales transgresores adquieren preponderancia al ofrecer más posibilidades para el engranaje con el presente y la modificación generacional propia de la transmisión. El papel clave lo tienen, así, las memorias que se construyen desde y para la cotidianidad, así como los rituales que operan con menor distancia narrativa de la misma.

El análisis aquí presentado, finalmente, permite observar la relevancia de la escala local dentro del campo de estudio de las memorias de conflictos violentos y, habría que agregar, de presentes también violentos. En ella, la proximidad será un elemento crítico respecto de la transmisión intergeneracional. Una proximidad en los lazos entre sujetos que recuerdan y comunican memorias que crea un contexto afectivo y, con ello, una cierta disponibilidad en la escucha de historias. Pero también una cercanía entre experiencia, sujeto y territorio, allí el pasado sirve como vínculo entre estos tres elementos, como un recurso de apropiación del lugar y símbolo de pertenencia, ya sea el pasado en forma de historia, de micro relato, como pura práctica, incluso cuando es solo una cita. El nivel territorial se constituye, de este modo, en un eslabón reflexivo de relevancia como aquella esfera que se pierde o diluye entre análisis nacionales y personales o familiares. Si en la arena pública de la memoria el gran determinante es la actuación del Estado, en lo local éste tendrá relevancia, pero en su engranaje con lo territorial. La comunidad, como

¹⁸ Un ejemplo de ello son las micro-narraciones que circulan sobre un 11 de septiembre de hace algunos años, cuando algunos jóvenes en plenos enfrentamientos lograron derribar un poste de luz en el cual se habían instalado cámaras de vigilancia.

configuración histórica y presente tanto política como relacional, se vuelve un elemento vertebrador de la relación a la temporalidad en este nivel barrial.

6. Referencias bibliográficas

- Achugar, Mariana; Fernández, Amparo; Morales, Nicolás (2013). “Re/constructing the past: How young people remember the Uruguayan dictatorship”. *Discourse and Society*, 24(3): 265-288.
- (2014). “La dictadura uruguaya en la cultura popular: recontextualizaciones de “A redoblar””. *Discurso y Sociedad*, 8(1): 83-108.
- Argenti, Nicolás; Schramm, Kaharina (2010). “Introduction”, en N. Argenti, K. Schramm (eds.), *Remembering violence: anthropological perspectives on intergenerational transmission*. New York: Berghahn, 1-40.
- Belvedresi, Rosa (2009). “Memorias en pugna y el pasado reciente”, en M. I. Mudrovic (ed.), *Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria*. Buenos Aires: Prometeo libros, 145-153.
- Berger, Thomas; Luckmann, Peter (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Berliner, David (2005). “An “Impossible” Transmission: Youth Religious Memories in Guinea-Conakry”. *American Ethnologist*, 32(4): 576-592.
- Bruner, Jerome (1995). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Candina, Azun (2002). “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999)”, en E. Jelin (comp.), *Las conmemoraciones en las fechas “in-felices”*. Madrid: Siglo XXI Editores, 9-48.
- Cortés, Alexis (2014). “El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad”. *EURE*, 40(119): 239-260.
- Da Silva Catela, Ludmila (2003). “Apagón en el Ingenio, escrache en el Museo. Tensiones y disputas entre memorias locales y memorias oficiales en torno a un episodio de represión de 1976”, en P. Del Pino y E. Jelin (comps.), *Luchas locales, comunidades e identidades*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI, 63-106.
- De la Maza, Gonzalo; Garcés, Mario (1985). *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*. Santiago de Chile: ECO Educación y Comunicaciones.
- Delgado, Manuel (2004). “Del movimiento a la movilización. Espacio, ritual y conflicto en contextos urbanos”. *Maguaré*, 18:125-160.
- Del Pino, Ponciano; Jelin, Elizabeth (Comps.) (2003). *Luchas locales, comunidades e identidades*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1996). *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Paidós.
- Garcés, Mario (2002). *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago 1957-1970*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Garcés, Mario; Leiva, Sebastián (2005). *El Golpe en La Legua*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giannini, Humberto (1987). *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Goffman, Erving (1981). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Han, Clara (2013). “A long-term occupation: police and the figures of the stranger”. *Social Anthropology*, 21(3): 378-384.
- Huysse, Andreas (2004). “Resistencia a la memoria: los usos y abusos del olvido público”, XXVII Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação. Intercom – Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação, Porto Alegre.
- Jelin, Elizabeth (2002a). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (Comp.) (2002b). *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “infelices”*. Madrid: Siglo XXI España Editores.
- (2011). “Exclusión, memorias y luchas políticas”, en D. Mato (comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: CLACSO, 91-110.
- Kidron, Carol A. (2009). “Toward an Ethnography of Silence: The Lived Presence of the Past in the Everyday Life of Holocaust Trauma Survivors and Their Descendants in Israel”. *Current Anthropology*, 50(1): 5-27.
- Lechner, Norbert (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Lefebvre, Henri (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza.
- Lunecke, Alejandra (2007). “Capital social y violencia: análisis para la intervención en barrios críticos”, en L. Dammert (ed.), *Seguridad y violencia, desafíos para la ciudadanía*. Santiago: FLACSO, 225-252.
- Lunecke, Alejandra; Munizaga, Ana María; Ruiz, Juan Carlos (Eds.) (2009). *Violencia y delincuencia en barrios: sistematización de experiencias*. Santiago: Paz Ciudadana, Universidad Alberto Hurtado.
- Pécaut, Daniel (1997). “De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano”. *Controversia*, (171): 9-31.
- Portelli, Alessandro (2013). “Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junio de 1944)”. *Aletheia*, 4(7). Disponible en <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-7/traduccion/luto-sentido-comun-mito-y-politica-en-la-memoria-de-la-masacre-de-civitella-val-di-chiana-toscana-29-de-junio-de-1944>
- Rappaport, Roy A. (2001). *Ritual y religión en la formación de la humanidad*. Madrid: Cambridge University Press.
- Reguillo, Rossana (2005). *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Reyes, María José; Cornejo, Marcela; Cruz, María Angélica, et al (2015). “Dialogía intergeneracional en la construcción de memorias acerca de la dictadura militar chilena”. *Universitas Psychologica*, 14(1): 15-30.
- Ricoeur, Paul (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.
- (2002). “Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico”, en F. Barret-Ducrocq (dir.) *¿Por qué recordar?* Barcelona: Granica, 24-28.
- (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.

- Sarró, Ramón (2007). "Cómo los pueblos sin religión aprenden que ya tenían religión: notas desde la costa occidental africana". *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, (23): 103-122.
- Sarti, Cynthia (2011). "A vítima como figura contemporânea". *Cuaderno CRH*, 24(61): 51-61.
- Stern, Steve J. (2000). "De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico", en M. Olguín (ed.), *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. Santiago de Chile: LOM.
- (2013). *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Stewart, Michael (2004). "Remembering without Commemoration: The Mnemonics and Politics of Holocaust Memories among European Roma". *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 10(3): 561-582.
- Todorov, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Vidaurrázaga, Ignacio (2013). *Martes once, la primera resistencia*. Santiago: LOM Ediciones.
- Welzer, Harald (2008). "Collateral Damage of History Education: National Socialism and the Holocaust in German family memory". *Social Research: An International Quarterly*, 75(1): 287-314.
- White, Geoffrey M. (2000). "Histories and subjectivities". *Ethos*, 28(4): 493-510.
- Wineburg, Sam; Mosborg, Susan; Porat, Dan; et al (2007). "Common Belief and the Cultural Curriculum: An Intergenerational Study of Historical Consciousness". *American Educational Research Journal*, 44(1): 40-76.
- Yerushalmi, Yosef (2002). *Zajor: La historia judía y la memoria judía*. Barcelona: Anthropos.